

Contenido:

- **¡Y Quién sabe, si invento!**
por Amalia Cazeaux

¡Y Quién sabe, si invento!
por Amalia Cazeaux

Buenas tardes, en principio quiero agradecer en mi nombre y en nombre de la Escuela Freud – Lacan de La Plata la invitación que tan gentilmente nos hicieron para participar de este encuentro ya que nos permite continuar sosteniendo algo que la escuela, como modo de enlace entre analistas, pone en evidencia: que hay otros.

Mi trabajo, en esta oportunidad se centrará en dar cuenta, de algún modo, que advertir la barradura del Otro acarrea como consecuencia la disponibilidad para el enlace con otros.

En el seminario 21, “Los no incautos yerran” o “Los nombres del padre” de 1973 –1974, Lacan nos dice que “...el inconsciente no descubre nada, pues no hay nada que descubrir, no hay que descubrir en lo Real ya que allí hay un agujero, si el inconsciente inventa, es tanto más precioso advertirles que en la lógica ocurre lo mismo”...¹

Entiendo que esta cita, en tanto nos dice que el inconsciente no descubre nada, implica una pregunta acerca del saber: ¿el saber del inconsciente ya estaba, antes de ser hablado? Esto es una invitación a plantear un recorrido acerca de lo que acontece en un análisis, que va desde el suponerle un saber al Otro que se ubica del lado del analista porque el analizante lo coloca en dicho lugar por transferencia, búsqueda de un saber absoluto, revelador del goce que habita al sujeto, al tiempo en el que se produce la caída de ese supuesto saber, comienzo de un final posible que inaugura la invención por parte del sujeto. Ese tiempo de máxima barradura del Otro, del inconsciente en la lógica de la incompletud, es concomitante al momento en que aquel que dice se percata de que no todo puede ser dicho, no todo puede simbolizarse porque hay lo Real del saber.

Es precisamente por ese Real del saber que el inconsciente produce. En tanto hay agujero y falta un significante que diga toda la relación sexual, que diga toda la verdad acerca del goce, el saber trabaja. Es decir que el saber es hacer un truco para llenar el agujero (Trou) en lo Real. Uno inventa allí, se sirve de lo simbólico para bordear lo Real, el “no hay relación sexual”. Es importante resaltar que Lacan nos advierte que no sólo se inventa donde hay agujero sino que, precisamente, porque hay agujero avanzamos en todo lo que inventamos de lo Real, es el agujero lo que produce la construcción de todo el andamiaje significativo que permitirá que un sujeto se represente, el saber gira alrededor del agujero y es esa ranura la que crea el inconsciente.² Ese saber no sabido, en tanto es dicho, irá produciendo alguna escritura, haciendo cuerpo, y es la letra lo que permite circunscribir un borde del agujero. Lo Real se escribe no – todo, hay algo que no cesa de no inscribirse y funciona como causa, pero también hay lo que se escribe.

Esto genera resistencias. Las hubo cuando Lacan se dispuso a dictar un seminario sobre los nombres del padre en 1963 y que decidió “poner en reserva”. Sostener que no se trata de un saber que se tiene o de un saber que ya estaba allí, afirmar que el discurso analítico sitúa el lugar del analista cuando se efectúa su acto, implica asumir que el discurso analítico se efectúa en el tiempo de su enunciación y, más aún, que no hay: ser analista. Esto señala otra clínica. Si partimos de ese sujeto supuesto saber sabiendo que sobre el final se tratará de su destitución, el analista que sostuvo esa cura, en esa dirección, no quedará en el lugar del ideal o del super yo con el cual hay que identificarse. Esto implica reconocer un límite al Uno que viene dado

¡Y Quién sabe, si invento!

por Amalia Cazeaux

por los otros dos. Recordemos que cada uno de los registros hace de límite a los otros dos, como los demás, lo simbólico está agujereado.

Ahora bien, sobre el final del análisis se espera la destitución del sujeto supuesto saber, no del padre. Porque esto de inventar un saber hacer es habiéndose servido lo suficientemente del padre y de su nombre. El nombre es aquello de lo simbólico que permite suturar el agujero. Allí donde surge "el vacío del Otro, lugar infinitamente más temible puesto que allí hace falta alguien"³, el sujeto se sirve de un nombre, de lo simbólico, para que el objeto esté perdido, funcionando en tanto causa y no quedar como puro objeto arrasado por el goce del Otro. Esos nombres del padre, que Lacan no duda en situar como inhibición, síntoma y angustia, son un recurso en el momento en que el agujero Real del sujeto no está disponible. El final del análisis conlleva un saber hacer con los nombres del padre.

Ahora bien, en RSI⁴ Lacan nos dirá que el Nombre – del –Padre "es un nombre a perder como otros, a dejar caer a perpetuidad", y esto en tanto que todo nombre es recubrimiento de la falta, es un intento de remendar el agujero pero no sin dejar las marcas de ese remiendo y son esas marcas lo que le permiten al sujeto efectuar su interrogación acerca de lo que él es para el Otro. Habiendo tomado como recurso los nombres del padre, posibilidad de cuestionar el objeto que se ha sido para el Otro, el sujeto podrá avanzar sobre ese vacío no para suturarlo con su propio ser sino para inventar un significante nuevo.

Hasta acá podemos decir que el final del análisis implica la reducción a su mínima expresión del masoquismo, de la sumisión al padre; la destitución del sujeto supuesto saber y con ello la aceptación de la contingencia de que no todo lo Real es interpretable; saber qué objeto se es para el Otro e identificarse a su manera particular de llevar el nombre del padre, identificarse al *sinthome*. Cada uno de estos puntos daría lugar a un trabajo nuevo.

Volviendo a la cuestión del sujeto supuesto saber. Lacan en la proposición del 9 de octubre de 1967 refiriéndose a que la caída del sujeto supuesto saber da lugar al des- ser del analista, nos dice que "En ese des -ser se revela lo inesencial del sujeto supuesto saber, donde el psicoanalista por venir se consagra al agalma de la esencia del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, al significante cualquiera". Ese que se dice analista, por haber efectuado la experiencia del vacío del Otro en su propio análisis, por saber qué objeto ha sido para el Otro y haberse inventado un nombre, podrá soportar el lugar en el que otro lo coloca bajo la suposición de que tiene un saber. Es esta experiencia lo que le posibilita no hacer una infatuación de ese saber que se le supone ni ofertarse como ideal con el cual el analizante debería identificarse.

La revelación, en la experiencia analítica, de la barradura del Otro inaugura la posibilidad de recurrir a otros: a falta de Otro absoluto que se las sepa todas, hay otros que saben lo que saben y es eso, tal vez, quien sabe, lo que invita a renovar el lazo social y seguir apostando a un discurso, el del psicoanálisis.

1. Jacques Lacan, Seminario 21 "Los incautos yerran o los nombres del padre". Clase del 19 de febrero del 74. Inédito.

2. Lacan trabaja ampliamente esta formulación en las páginas 102,103 y 104 del seminario citado.

3. Jacques Lacan, "Seminario 9 "La identificación". Clase del 17 de enero de 1962, inédito.

¡Y Quién sabe, si invento!

por Amalia Cazeaux

4. Jacques Lacan, RSI. Clase del 11 de marzo de 1975. Inédito.

Amalia Cazeaux

Bibliografía:

Jacques Lacan, Seminario 21, "Los no incautos yerran o los nombres del padre". Inédito.

Jacques Lacan, Seminario 9, "La identificación". Inédito.

Jacques Lacan, Seminario 22, "RSI". Inédito.

Jacques Lacan, Proposición del 9 de Octubre de 1967. Ornicar?

Jacques Lacan, Seminario 16 "De otro al otro". Ed. Paidós.

Eric Porge, "Los nombres del padre en Jacques Lacan. Puntuaciones y problemáticas". Ed. Nueva Visión.

Moustafha Safouan, "Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan 1964 -1979". Texto "Los desengañados se engañan" de Christiane Lacote. Editorial Paidós.

Isidoro Vegh, "Las letras del análisis ¿Qué lee un psicoanalista?" Ed. Paidós.